

I Congreso Latinoamericano de Teoría Social. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

La persistencia del heteropatriarcado. Naturalización, materialización y sedimentación en Bourdieu, Butler y Laclau.

Paris, Paolo.

Cita:

Paris, Paolo (2015). *La persistencia del heteropatriarcado. Naturalización, materialización y sedimentación en Bourdieu, Butler y Laclau. I Congreso Latinoamericano de Teoría Social. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-079/88>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Paolo Paris

UNPSJB – UNLP – CONICET

ppaolo_84@hotmail.com

MESA 13. Postestructuralismos y diferencia. Herramientas para el análisis de la sociedad, la política y la cultura contemporáneas.

La persistencia del heteropatriarcado.

Naturalización, materialización y sedimentación en Bourdieu, Butler y Laclau.

Introducción

Una cuestión transversal a las ciencias sociales, pero especialmente relevante para historiografía, ha sido la cuestión de la continuidad y la ruptura. Desde los estudios de la larga duración a la microhistoria, la disciplina supone siempre la conjugación de esas variables. La articulación de ellas importa centralmente para cualquier tipo de periodización, una de las tareas básicas del historiador, y por más que se insista más en una variable que en la otra, su coexistencia parece ineludible. En este trabajo, sin embargo, pondremos el foco en la continuidad. Aunque, como ya dijimos, no podremos hablar de la continuidad sin referenciar la ruptura.

Con el objeto de profundizar el análisis de la estructura heteropatriarcal, vamos a indagar en tres conceptos: naturalización, materialización y sedimentación. En un registro, estos tres conceptos son sinónimos. Los tres aluden a la persistencia en el tiempo de ciertas formaciones simbólicas, persistencia que eventualmente oculta el carácter construido de esas formaciones. En otro registro, los tres conceptos difieren. Analizaremos el uso de cada concepto en Bourdieu, Laclau y Butler, respectivamente, para exponer sus puntos en común y sus diferencias. De este modo, intentaremos establecer aportes a distintas problemáticas de las ciencias sociales como la de estructuralismo, posestructuralismo, género y sexualidad.

Naturalización

Comencemos por Bourdieu. En *La dominación masculina* (2000) el autor señala la existencia de esa estructura, la dominación masculina. Ella se apoya en esquemas de pensamiento que funcionan relacionamente a través de construcciones diacríticas como

alto/bajo, arriba/abajo, fuerte/débil, recto/curvo, derecho/izquierdo que se relacionan metafóricamente entre sí y en particular con la distinción masculino/femenino. Estas oposiciones conforman un esquema relacional que establece una ‘normalidad’, un sentido ‘oficial’ del mundo, un horizonte de lo sensible y lo posible. El esquema no es un mero formalismo lingüístico porque éste existe en la forma de disposiciones prácticas (habitus) que se somatizan por medio de un “trabajo colectivo de socialización difusa y continua”. Es en este sentido que el autor habla de una Ley somatizada, por medio de la cual se producen cuerpos socialmente diferenciados. De este modo, cuerpos y mentes serían sometidos a una transformación profunda y duradera. Se instaura una ética psicosomática que se impone como deber, como necesidad lógica, pero sin ser percibida como obligación mecánica.

Una vez que esos esquemas de percepción y disposición se incorporan, las relaciones de dominación que hacen posible ciertas diferenciaciones y equivalencias (y no otras) tienden a quedar invisibilizadas. Y es esta invisibilidad la que posibilita la reproducción de esa (y otras) forma(s) de dominación. La fuerza del ordenamiento radica en su aparente neutralidad, en la prescindencia de justificación. Este es el meollo de la violencia simbólica intrínseca a la dominación masculina, cuyo poder particular reside en la acumulación de dos operaciones: *“legítima una relación de dominación inscribiéndola en una naturaleza biológica que es en sí misma una construcción naturalizada.”* (Bourdieu, 2000: 37). De este modo, el efecto construido por una relación de dominación: “naturaleza biológica”, se convierte en la causa de esa relación de dominación.

Bourdieu resalta la operación de naturalización que debe mediar para que esas diferenciaciones se objetivisen. El pasaje de unas relaciones de sentido construidas, históricas y simbólicas, a ser tenidas como naturales se da por una inversión de causas por efectos. Este trabajo deshistorizante caracteriza a la experiencia dóxica¹, que convierte lo visible en algo objetivo, y da lugar a expresiones como “naturaleza humana” o “ley natural”.

En el caso particular de la división masculino/femenino de las cosas y las actividades, esa división es tenida como necesidad objetiva y subjetiva a través de su entrelazamiento con otras oposiciones homólogas, las cuales, parecidas en la diferencia, se apoyan mutuamente y conforman un esquema de aplicación universal que registran

¹ Ésta es la “actitud natural” frente al mundo dado de Husserl.

como diferencias de la “realidad”, objetivas, diferencias que el mismo esquema produjo. De esta forma, relaciones sociales desiguales son vistas como meras diferencias.

Pero, repetimos, se trata de una transformación profunda y duradera de los cuerpos y las mentes. La labor no es de mera ‘concientización’, no depende tanto de la voluntad, sino más bien, de un cuerpo cómplice con el orden, con la ortodoxia. De este modo la idea de ‘falsa conciencia’ es superflua. Bourdieu, en cambio, habla de una *illusio*, una inversión en el juego social, una creencia en el ordenamiento tal como es percibido, no sólo por las mentes sino también por los cuerpos. Implica una apuesta de intereses que valida y legitima el ordenamiento social y nos involucra en él, quedamos adheridos. Nos aporta un sentido subjetivo y objetivo que nos orienta y vuelve inteligible el mundo que nos rodea. (Bourdieu, 2008: 107)

La perpetuación del esquema de percepción y disposición ínsito en la dominación masculina depende de que las previsiones que engendre sean confirmadas por la evolución del mundo. Es decir, mientras no se interrumpa una concordancia entre las estructuras objetivas y las estructuras subjetivas. La reproducción de un habitus se apoya en la repetición, la identificación y la familiarización, por tanto, la historización y el extrañamiento pueden ser herramientas para cortar con los efectos de reproducción. La tarea consistiría en apuntar a una transformación de las condiciones sociales de producción de las inclinaciones. Éstas pueden ser objeto de “luchas cognitivas”, ya que “algunas” relaciones de sentido que las estructuran estarían parcialmente indeterminadas y eso permitiría “interpretaciones opuestas”, lo que posibilitaría una resistencia contra la imposición simbólica.

Materialización

En *Cuerpos que importan* (2002) Butler reflexiona sobre el sexo de la materialidad y materialidad del sexo. Con la intención de escapar a la palabra construcción, que suele asociarse a algo superficial, artificial, prescindible; la autora recupera la noción de materia. Que es construida pero se trata de una construcción constitutiva. La materialización se produce a través de dos procedimientos: por una “repetición ritualizada de normas” (Butler, 2002: 13), y por la marcación de un límite que establece una oposición binaria a la vez que una exterioridad. Estas acciones producen un efecto de superficie, permanencia y frontera.

Sin embargo, la labor constructiva, normativa y fijadora de la repetición, nunca puede controlar un exceso. A pesar de su inestabilidad constitutiva, el efecto de

materialización estabiliza y se funda en relaciones de poder. Por eso es una cita al poder y esto implica una complicidad con él. Pero poder aquí es entonces inmanente, la posibilidad de oponerse a la norma, a lo establecido, llegará a producirse a través de repeticiones y rearticulaciones.

Esta exploración lleva a la autora a preguntarse por el cuerpo y su relación con la materialización, la heteronormatividad y el yo. El cuerpo sería una demanda que interrumpe la reunión de psiquis y materia. Sería una demanda constitutiva de la psiquis, que no dejará de reaparecer en el lenguaje pero sin formar parte de él. Como la presencia de una ausencia.

En este sentido, el cuerpo sería un fenómeno proyectado, que aparece como diferencia necesaria para la constitución del yo. La “heterosexualidad normativa modela un perfil corporal que [es la vacilación] entre la materialidad y lo imaginario” (Butler, 2002: 40). Allí la materialidad se inserta en una oposición que el poder establece pero que le permite invisibilizarse. La oposición entre materia y construcción, excluye a la materialidad como hecho primario indiscutible. Como positividad extradiscursiva, apolítica y trascendental, la materia queda excluida para poner de relieve ciertas construcciones e imposibilitar otras. Cuando el poder logra producir un campo de inteligibilidad, la materia pasa a ser un hecho primario e indiscutible.

Cuando habla de la materialización como efecto, se entiende que el discurso no causa la materia. “el lenguaje y la materialidad no se oponen, porque el lenguaje es y se refiere a aquello que es material, y lo que es material nunca escapa del todo al proceso por el cual se le confiere significación.” (Butler, 2002: 110). Es decir que lenguaje y materialidad no se oponen ni se identifican, se combinan y se exceden recíprocamente, dando pie a una significación relacional.

Luego Butler explora la posibilidad de establecer el sexo de la materialidad. Allí conjuga a Platón, Derrida e Irigaray, entre otros. En una genealogía de la “materia”, se puede registrar que este significante ha sido asociado con lo que importa, lo que significa, lo investido; el origen, la matriz, la madre, el recipiente, lo usable, lo maleable. Allí tenemos una fuerte asociación de la materia con lo femenino y por lo tanto, la razón con lo masculino. Pero Butler es precavida con la asociación un tanto lineal que realiza Irigaray entre la materia y lo femenino. Sobre todo por la idea de duplicación de la materia. Irigaray postula la idea de dos femeninos, uno antagónico, especular, el que está contenido en la oposición femenino/masculino (materia/forma); y otro heterogéneo, excesivo, irrepresentable, innombrable, excluido de la oposición, pero

constitutivo de ella. En el primer caso, lo femenino está levemente domesticado, el segundo lo femenino se vuelve una forma inapropiada, imposible, de nombrar algo cuya indeterminación excede y amenaza a lo femenino, lo masculino y su distinción. De esta manera, se establecen dos ideas de materia en Irigaray. Como concepto metafísico funcional al falogocentrismo, por un lado, y como figura sin fundamento, inquietante, catacrésica, exceso que quiebra la repetición de la norma. Pero aquí también hay que introducir una salvedad, la materialización de la razón, la reproducción del fantasma masculino, implica una desmaterialización de los cuerpos. Cuerpos que no sólo son femeninos sino también esclavos, infantiles, animales, etc. Esta contigüidad es pasada por alto cuando Irigaray hegemoniza lo excluido como lo femenino solamente.

Materialidad del sexo. Distingue aquí la materialidad como lo “invariablemente penetrado” y el sexo como “penetrador impenetrable”. La diferenciación entre los dos se produce mediante una prohibición de semejanza, basada en una lógica de no contradicción que espacializa dos posicionamientos posibles, excluyentes y complementarios. Esa prohibición implica un pánico ante un más allá ininteligible, que sería una de las instancias de la materialidad, la otra es: como parte de la escenografía especular de la inscripción fálica.

Butler propone subvertir el pánico mediante imitaciones inversas y diversas que resignifiquen lo excluido. Esto sería el horizonte político de una propuesta que intente superar la violencia de la exclusión. Para eso es necesario preservar la exterioridad como lugar de impropiedad, como límite, como impresentabilidad del régimen, como aquello que amenaza sus cuentas. El objetivo último de esta política no sería la “representabilidad radical e incluyente” (Butler, 2002: 91), sino el reconocimiento inacabable de las exclusiones.

Sedimentación

En *Nuevas Reflexiones...* (2000), al caracterizar a las relaciones sociales, Laclau marca 4 ejes. En primer lugar, ellas serían siempre contingentes, segundo, siempre de poder, tercero, se establece una primacía de lo político con respecto a lo social², y por

² Marchart señala que esta primacía de lo político tiene que ver con un acento, no en la meta de las relaciones sociales, sino en la fuente y en la posibilidad de transformación (Marchart, 2009: 184). De cualquier modo, en *La razón populista* (2009) Laclau aclara que esto no implica decir que “todo es político”, ya que justamente hay todo un campo de no-politicidad que es el campo de las sedimentaciones sociales. No obstante, en lo que se insiste es en que ese campo se formó en base a institucionalizaciones políticas y que estará siempre potencialmente sujeto a la repolitización de posibilidades no institucionalizadas.

último, poseen una radical historicidad. Dentro del tercer eje, la distinción entre lo político y lo social es emparentada con la distinción entre reactivación y sedimentación que Husserl establece para pensar el devenir de la ciencia. Con respecto a esta última distinción, el segundo polo implica una “rutinización y olvido de los orígenes”, el primero consiste en la “recuperación de la actividad constitutiva del pensamiento” (que sería para él la intuición). (Laclau, 2000: 50). Para Laclau, entonces, el momento de institución (de lo social), será un acto posible gracias a la represión de alternativas. Cuando es exitoso, esas otras posibilidades se olvidan, al igual que su contingencia originaria. Así, lo instituido se vuelve “presencia objetiva”. Este es el momento de la sedimentación, que consiste en un privilegiamiento relativamente arbitrario que tenderá a borrar u ocultar su arbitrariedad para constituirse como necesario, lo cual impulsará su reproducción. Aún así, las huellas de lo excluido permanecen. Pero las alternativas excluidas no son todo lo “lógicamente posible” sino las posibilidades “efectivamente intentadas” y por eso antagónicas (luego suprimidas). La reactivación es un redescubrir, a través de la emergencia de otros antagonismos, la contingencia de lo que se tiene por objetivo, lo que se da por sentado.

Por esto, a diferencia de Husserl, aquí no se trata de una “vuelta a los orígenes” en el sentido de que no habrá allí un encuentro con una subjetividad trascendental que provea un sentido esencialmente original. (Laclau, 2014: 14). Pero sí se conserva la idea de que la reactivación surge como demanda y cuestionamiento de lo dado y su crítica puede llegar al fundamento de esa dotación. La sedimentación es ambigua para Husserl porque, por un lado, ella constituye una donación de sentido como resultado de “síntesis pasivas” que van formando un mundo pre-dado para el desarrollo de los sujetos. Sin embargo, lo dado, mediante su retransmisión, tiende a la fijación, a la reproducción irreflexiva de las prácticas. Por tanto, si no es criticado, cuestionado, revisado, reactivado, puede resultar en el error, el olvido, el ocultamiento, la irracionalidad y el autoritarismo. En el vínculo entre sedimentación y reactivación se produce la historia.

Laclau, entonces, generaliza lo que Husserl entiende para el ámbito epistemológico, extendiéndolo a lo social que así se comprende como el conjunto de formas sedimentadas de la objetividad. Lo político, en cambio, será el momento de la indecidibilidad antagónica y su resolución por medio de relaciones de poder. Esta es una distinción ontológicamente constitutiva, “existencial”³ y por ella “una dimensión de

³ En este sentido, la distinción se emparenta con la de Heidegger entre los niveles óntico y ontológico del Dasein. La sedimentación “sería el momento plenamente óntico de los objetos” (Laclau, 2014: 151).

opacidad será siempre inherente a las relaciones sociales” (Laclau, 2000: 52). De esta manera, la idea de una sociedad enteramente reconciliada será siempre mítica. Lo cual no conduce necesariamente al pesimismo, al contrario, para el autor, es la base de un “optimismo radical”. Ya que si las relaciones sociales están constitutivamente atravesadas por la contingencia, eso significa que pueden ser radicalmente transformadas.

Por un lado, es claro que no puede haber reactivación sin sedimentación; en otros términos, un cierto grado de estructuración tiene que existir para que la dislocación de una estructura pueda darse. Y la dislocación es una condición de la reactivación, ya que aquella implica la presencia de una ausencia, la falla del orden sedimentado, aquello de lo que ese orden no pudo dar cuenta.

Ahora bien, en Husserl, la sedimentación también es caracterizada como una “fuerza vinculante” (Sáenz, 2011: 104). La donación de sentido que recorre lo sedimentado establece un lazo entre quienes reciben ese mundo de sentidos comunes. Este aspecto es abordado por Laclau con la noción de investidura radical o, simplemente, afecto. Ella se basa en los procesos de identificación e idealización que Freud desarrolló. La investidura de un objeto implica un lazo de amor-odio con él. Aquí el nombramiento como acto contingente pero cargado de un sentido trascendente es central. Cuando un objeto es investido ya no nos puede ser indiferente. Laclau hace hincapié en la radicalidad de una investidura, cuando un objeto pasa a encarnar una plenitud mítica. Allí, ese significante es cargado con una significación imposible de representar, en tanto promesa de plenitud, pero necesaria para la puesta en acción del deseo y la satisfacción parcial del goce. (Laclau, 2009: 142-149)

Similitudes y diferencias

Lo que los tres autores tienen en común es una fuerte vinculación con el estructuralismo. Hay ideas rectoras que con diferentes significantes remiten a un mismo entendimiento. En los tres subyace la idea de órdenes conformados simbólicamente por medio de mecanismos muy similares. Uno de ellos es la interacción entre metáfora y metonimia, o condensación y desplazamiento, o diferencia y equivalencia, como constitutivas de ese orden. Y de allí toda una serie de posibles oposiciones que se

En otras palabras, la objetividad (el ser) es una forma sedimentada de poder que ha borrado sus huellas. (Laclau, 2000: 76)

vinculan unas con otras de manera no causal. El establecimiento de estos encadenamientos oposicionales forma una estructura.

Estas relaciones permiten establecer diferencias y equivalencias entre objetos. El establecimiento de diferencias puede llevar a la producción de una oposición directa y una oposición puede llegar a ser presentada jerárquicamente. Por ejemplo, podemos simplemente *diferenciar* el significante “rosa” del significante “celeste”, también podemos *oponerlos* si decimos que algo que es rosa no puede ser celeste y viceversa, sobre todo si lo encadenamos a otras oposiciones como femenino/masculino; y luego se puede establecer que como lo masculino es superior a lo femenino, lo celeste es superior a lo rosa, y más aún, que lo rosa tiene que ser eliminado. Esta sucesión es evidentemente arbitraria, en ella vemos el entrelazamiento de la diferenciación y la equivalencia, esta última aparece en el salto de una oposición a otra, en ese momento los pares opuestos reservan su diferencialidad pero son equivalentes, tienen el mismo valor.

Otro señalamiento en común es el ocultamiento de la carencia de fundamento del ordenamiento estructural. Esto implica el carácter hegemónico e ideológico de ese ordenamiento, y por lo tanto, su relatividad y no esencialidad. Entonces tenemos que cualquier identidad es producida relacionamente. Aquí es donde justamente aparecen las figuras de naturalización, materialización y sedimentación. Pues todas ellas hacen alusión a ese mismo mecanismo, propio de todo ordenamiento.

Pero también aquí aparecen algunas diferencias entre las posturas de los autores que queremos estudiar. Los estudios estructuralistas como el de Bourdieu han tenido problemas con la diacronía y con la cuestión del cambio histórico. En ellos predominan las regularidades históricas y eventualmente, la posibilidad de un cambio futuro queda oscurecida. Como dijimos, Bourdieu señala la arbitrariedad sobre la que se apoya el ordenamiento estructural, lo que no advierte (lo cual es señalado por Laclau) es que esa contingencia puede ser justamente la condición de su transformación.

Vamos a explorar cuatro ámbitos de conexión y disidencia entre los autores vinculados a la cuestión central de naturalización, materialización y sedimentación. En primer término tenemos la relación problemática entre cuerpo, lenguaje y sujeto. En segundo lugar están las distinciones entre desigualdad, diferencia y antagonismo vinculadas a las nociones de dominación, poder y hegemonía. Tercer punto, el lugar de aquello que excede a la estructura. Y finalmente, las alternativas que se ofrecen para lidiar con los efectos de la naturalización, la materialización y la sedimentación.

En Bourdieu hay una formación de los cuerpos y las mentes por parte de una máquina simbólica que esos mismos cuerpos reproducen con sus acciones, disposiciones, comunicaciones, relaciones, etc. Es importante aquí la noción de *illusio* como fuerza naturalizante incorporada, para asegurar la perpetuación del orden social. En Butler, en cambio, el cuerpo es una demanda que interrumpe la concordancia entre psiquis y materia. El cuerpo ocupa entonces un tercer lugar, a diferencia de Bourdieu, donde sólo tenemos cuerpos y mentes. En la autora hay un acento al carácter relacional de las categorías, al igual que en Bourdieu, pero en ella, éstas tienen una relación para nada armónica, sino que tiende más bien al exceso. Lenguaje y materia van a intentar subvertir el dominio de una a expensas de la otra. Aquí se juega un punto central entre estos autores que tiene que ver con el peso de lo discursivo. Bourdieu es reticente a definir como lenguaje a esa estructura simbólica de la que habla y de hecho ha criticado la postura de Butler en cuanto al peso excesivo que ella le dio a la performatividad de la norma en *El género en disputa* (2007). Bourdieu quiere subrayar el carácter incorporado y recurrente de lo simbólico, por eso aprecia que acentuar el carácter construido y actualizable de la norma es desconocer su peso específico. De algún modo Butler intenta reparar esta cuestión cuando desarrolla su noción de materialización. Pero no recapitula con respecto a la importancia de lo discursivo para entender estos procesos y para vislumbrar la posibilidad de cambio. Laclau opta decididamente por no sostener la distinción entre prácticas y discursos basándose en las ideas de Wittgenstein. Más aún, considera que los descubrimientos efectuados en el campo de la lingüística, pueden legítimamente extenderse al campo de la teoría social. Y en ese desplazamiento se basa su ontología política. Es importante señalar que, tal vez por esa misma razón, la temática corporal no es tocada por Laclau. Pero sí hay un importante desarrollo de una teoría de sujeto, basada fuertemente en el sujeto barrado de Lacan. Este sujeto es el sujeto de la falta, constituido en base a ella y a investiduras identificatorias e idealizantes que lo forman y vinculan con su entorno.

Dijimos que en el segundo punto íbamos a relacionar las nociones de desigualdad, diferencia y antagonismo, vinculadas a las de dominación, poder y hegemonía, en Bourdieu, Butler y Laclau, respectivamente. Bourdieu dice que la naturalización contribuye a presentar desigualdades como diferencias, entonces la dominación de la que habla consiste en parte en un ocultamiento de la desigualdad. Butler propone que la materialización implica la producción de un límite interno y externo, y la repetición de ese límite. Esa repetición efectúa una estabilización del poder, aunque este es concebido

como inmanente. Es decir que no hay relaciones, ni diferencias, ni sentido fuera del poder. El cuestionamiento al límite, y sus relaciones, diferencias y sentidos, se dará también mediante relaciones de poder. Laclau presenta la noción de antagonismo para pensar el momento en que ciertas diferencias establecidas se convierten en objeto de lucha y este terreno es definitivamente político. La noción de hegemonía implica ese juego inestable de poder en que ciertas diferenciaciones son privilegiadas por un sujeto colectivo para luchar contra las diferenciaciones privilegiadas establecidas y concebidas como opresivas. Es por esto que el antagonismo supone para el autor una puesta en cuestión de la objetividad social.

Una gran diferencia entre Bourdieu y Butler y Laclau es la atención de estos últimos a aquello que excede a la estructuración. Este exceso es caracterizado generalmente como la presencia de algo ausente y para ello suele usarse la metáfora del fantasma. Este exceso no es algo meramente exterior a la estructura porque es constitutivo de esa formación.

Ahora bien, existen discusiones con respecto a este exceso. Butler parece interpretar que dentro de la formación discursiva falogocéntrica, lo excluido es la mujer. Por otro lado, dentro del discurso heterosexista lo excluido serían todas las prácticas sexuales que no se dan entre hombres y mujeres. Aunque la autora señala la posible vinculación de estas posiciones excluidas con otras, no estrictamente por la matriz falogocéntrica. En un mayor nivel de abstracción y apuntando a una ontología política, Laclau equipara ese exceso con lo Real lacaniano. Éste se manifiesta como interrupción del orden simbólico y el imaginario, y por eso no tiene una consistencia positiva. Es el reverso de la realidad. Este Real entra en juego en tres lugares que pueden entrelazarse: la dislocación, el antagonismo y la heterogeneidad.

Metámonos de lleno en el terreno de las alternativas que ofrecen los autores para lidiar con los efectos de la naturalización, la materialización y la sedimentación respectivamente. Bourdieu ofrece, implícitamente, tres vías. La primera sería interpretar (en doble sentido, sosteniendo la división mente/cuerpo) la ley de manera opuesta, en dirección a una interrupción de la concordancia entre esquemas de pensamiento y disposiciones corporales. La segunda vendría de la mano de luchas intelectuales, con la historización y el extrañamiento como armas procedimentales. Y la tercera implica la transformación de las condiciones de reproducción de la ley somatizada.

La interpretación adversaria de la norma es también una alternativa propuesta por Butler, quien confía en que de ese modo se resignifique lo excluido como inmanencia y

se contrarreste la violencia excluyente de la norma. Laclau también ofrece la lucha antagónica como relaciones de fuerzas reactivadoras de lo social, es decir, políticas. Pero no la va a circunscribir al ámbito intelectual solamente, en él será central la construcción de un “pueblo” que aglutine fuerzas sociales de distinta procedencia, alrededor de un significante vacío y/o una imagen investida con la misión de resolver los padecimientos comunitarios.

Creo que entre estas dos vías, en la que podemos entrever las huellas de la táctica y la estrategia, se abre el espacio para la transformación del orden.

Conclusión

Intentamos trazar el espacio donde emergen las nociones de naturalización en Bourdieu, materialización en Butler y sedimentación en Laclau, y luego las relacionamos para establecer similitudes y diferencias. Este ejercicio nos llevó a considerar importantes líneas de fuerza y debilidades de los distintos pensamientos. Se presentan dos cuestiones centrales, la primera es la complejidad de la dimensión corporal, estudiada a fondo por Bourdieu y Butler e ignorada por Laclau. En ella reside uno de los puntos de resistencia más fuertes a la transformación de lo social y por lo tanto un campo de disputa política ineludible. Laclau ha sido criticado por abordar muy someramente la dimensión imaginaria que en la teoría lacaniana se vincula con la corporalidad. Creemos sin embargo que no es este un callejón sin salida en su teoría, sino una línea de fructífera exploración.

La otra cuestión central es la dimensión política. Insistimos en que el discurso de la dominación tiende a producir un cerramiento del sentido y a fijar posiciones identitarias en lugar de ofrecer posibles alternativas al cambio. Esto es lo que criticamos en Bourdieu y valoramos en Butler y Laclau. Sobre todo Butler logra mantener un equilibrio entre la fuerza reiterativa de la norma y su posible subversión. Pero es Laclau quien mejor traza, a nuestro entender, una ruta de posibilidades para el cambio.

Con respecto al heteropatriarcado como estructura, podemos establecer entonces varios de sus mecanismos constitutivos, sus modos de reproducirse, sus trincheras más guarecidas y algunas alternativas para combatir su persistencia.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre. (2008). *El sentido práctico*. Siglo XXI de España Editores.

- Butler, Judith (2002). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, Judith (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Laclau, Ernesto (2000). *Nuevas Reflexiones sobre la Revolución de Nuestro Tiempo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Laclau, Ernesto (2009) *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Laclau, Ernesto (2014). *Los fundamentos retóricos de la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sáenz, M. D. C. L. (2011). Sedimentación del sentido y tradición (Überlieferung): Fenomenología y hermenéutica filosófica. *Eikasia: revista de filosofía*, (36), 89-120.
- Marchart, Oliver (2009). *El pensamiento político posfundacional: la diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Fondo de Cultura Económica.